

Levantad los corazones,  
; De rodillas, de rodillas !  
Guerreador que del combate  
Con la tarde ya respiras ;  
Fiel mujer que en el cruento  
Campo vagas dolorida ;  
Tú, el que triunfas, tú, que lloras ;  
Pues común destino os liga,  
Y una estrella igual á todos  
De esperanza luz envía,  
Levantad los corazones,  
; De rodillas, de rodillas !

## XVII

## EL CEMENTERIO DE LA ALDEA.

( GRAY )

Ya de la queda el toque reposado  
Anuncia el fin del moribundo día,  
Y por la loma el mugidor ganado  
Camina lentamente á la alquería.  
El cansado gañán por el sendero  
Torna á su pobre choza con premura,

Y abandonando el universo entero  
A mí lo deja y á la noche oscura.

Turbio, indistiuto miro por doquiera  
Borrarse ya el paisaje antes hermoso :  
El viento duerme ; en derredor impera  
Quietud solemne, funeral reposo.

Y sólo se oye el vuelo y el zumbido  
De la cigarra en los pelados cerros,  
Y del rebaño en el lejano ejido  
El soñoliento són de los cencerros ;

O ya, de aquella torre que abrazada  
La hiedra tiene con verdor lascivo,  
Que alza á la luna blanca y argentada  
Su amarga queja el buho pensativo,

Contra los que profanos y atrevidos  
Quebrando con sus pasos el misterio  
De estos bosques hojosos y escondidos,  
Turban su antiguo y solitario imperio.

Bajo de aquellos álamos nudosos,  
Del tejo melancólico á la sombra  
Donde se alza en mogotes numerosos  
El césped verde en desigual alfombra,

En su estrecha morada colocados  
Bajo la humilde cruz que allí campea,  
Descansan sin afanes ni cuidados,  
Los rústicos abuelos de la aldea.

El leve soplo, el plácido gemido  
Del viento en la aromática mañana ;  
La golondrina en el pajizo nido  
Sus dulces trinos repitiendo ufana ;  
La aguda voz del gallo vigilante,  
La ronca trompa y el clarín risueño,  
No alcanzarán ya más un solo instante  
A despertarlos de su eterno sueño.

No más para ellos el hogar sagrado  
Dará su alegre fuego en el invierno,  
Ni de la esposa el sin igual cuidado  
Les mostrará su afán y afecto tierno ;

Ni sus niños con pláticas sencillas  
Esperarán con mágico embeleso,  
Para trepar después á sus rodillas  
Y disputar el envidiado beso.

¡ Cuántas veces la espiga ya madura  
Dobló á sus hoces la cerviz dorada !  
¡ Cuántas otras la gleba inerte y dura  
Rompió su reja y quebrantó su azada !

¡ Oh, cuál gozaban al lanzar con brío  
En el abierto surco el rubio grano !  
Y cómo resonaba el monte umbrío  
Del hacha al golpe en su robusta mano !

No la ambición se mofe envanecida  
Con insultante risa y gesto duro,

De los humildes goces de su vida,  
Y destino pacífico y oscuro.

Ni escuche desdeñosa la grandeza,  
A quien ciegos adoran los mortales,  
Torciendo con desprecio la cabeza,  
Del pobre los domésticos anales.

El fausto de alta alcurnia, el gran tesoro,  
Y del poder la pompa soberana,  
Y cuanto la hermosura y cuanto el oro  
Dar han podido á la ambición humana,

Todo tiene la misma triste historia,  
Todo en un mismo fin acaba y cesa,  
Y la senda brillante de la gloria  
Sólo conduce á la profunda huesa.

Ni los culpéis ¡ oh vanos y orgullosos !  
Si sus tumbas no adorna un monumento  
Con trofeos lucidos y vistosos  
Que á la voz de la fama den aliento,

En vasto templo, al esplendor radiante  
De la luz que refleja en jaspe y oro,  
Donde en la inmensa nave resonante  
Se oye el clamor del órgano sonoro.

¡ Pueden marmóreo busto, urna esculpida,  
En donde el arte sus primores vierte,  
Volver á dar respiración y vida  
Al que duerme en el seno de la muerte ?

¡ Pueden vagos y estériles honores  
A esos huesos tornar su antiguo brío,  
Y hacerse oír los ecos seductores  
De la lisonja, en el sepulcro frío ?

Talvez en ese sitio despreciado  
Descansa un corazón noble y hermoso,  
De sacro fuego celestial colmado,  
Y lleno de entusiasmo generoso.

Talvez se pudren manos que pudieran  
Regir el cetro augusto dignamente,  
Que si las cuerdas de la lira hirieran,  
Excitaran un éxtasis ferviente.

Pero á sus ojos el saber divino  
Que guarda de los tiempos el tesoro,  
Ni abrió su libro, ni mostró el camino  
Que guía adonde crece el lauro de oro.

Su altiva inspiración con ceño adusto  
Heló la triste y mísera pobreza,  
Y la suerte secó con soplo injusto  
El raudal que les dió naturaleza.

¡ Cuánta perla gentil, rica y lozana,  
De puro brillo y esplendor sereno,  
Vedada siempre á la codicia humana  
Guarda la mar en su profundo seno !

¡ Ay, cuánta flor ostenta sus primores  
En retirado valle sola y triste,

Y en medio de su aroma y sus colores  
Nadie la mira y para nadie existe !

Aquí talvez un Hampden campesino  
Yace, cuyo vigor y noble celo

Supieron contener en su camino  
De la aldea al soberbio tiranuelo ;

Algún oscuro Milton escondido  
Cuya alma no inflamó fuego sagrado ;

Un Cromwell para el mal desconocido,  
Y de la sangre patria no manchado.

El aplauso arrancar con elocuencia  
De un Senado suspenso á sus acentos,

Despreciar con heroica indiferencia  
La flecha del dolor y los tormentos ;

Sobre un país risueño y delicioso  
Derramar la abundancia sin medida,

Leer su historia escrita en el gozoso  
Rostro de una nación agradecida,

La suerte les vedó. Ceñidas fueron  
Sus virtudes á límites estrechos,

Ni más allá sus faltas se extendieron  
Del corto asilo de sus pobres techos.

Ni por sendas de víctimas cubiertas  
Subieron á la cumbre soberana,

Ni de la tierna compasión las puertas  
Cerraron nunca á la miseria humana.

Ni supieron ahogar con agonía  
De la conciencia el grito penetrante,  
Ni el incienso de dulce poesía  
Rendir ante el altar del arrogante.

Lejos del mundo vil que despreciaron  
Y de su hueco orgullo y desvarío,  
Sus modestos deseos los salvaron  
De locura, de error y de extravío.

Y por los valles frescos y frondosos  
De la humana existencia, en el retiro,  
Siguieron su camino silenciosos  
Hasta exhalar el postrimer suspiro.

Mas para proteger de insulto impío  
Estos huesos, aun miro levantadas  
Pobres memorias que su polvo frío  
Cubren con tosca gala ornamentadas.

Y contemplo en sus verdes sepulturas  
Que cuidó amiga mano con esmero,  
Rudos versos, informes esculturas  
Que mueven á piedad al pasajero.

Una rústica Musa aquí ha grabado  
Sus nombres y su edad, breve memoria  
Que sustituye al canto levantado,  
Y al rumor de la fama y de la gloria.

Y veo en otras piedras, entretanto  
Que estas tristes reliquias examino,

Textos que nos ofrece el Libro Santo  
Y enseñan á morir al campesino.

Porque ¿quién al mirarse condenado  
A amarga soledad y eterno olvido,  
Del todo y para siempre ha renunciado  
A recordar las horas que ha vivido?

¿Quién, al perder el gozo y la alegría  
Del claro sol y del brillante cielo,  
No lanzó una mirada en su agonía  
Y no tornó sus ojos hacia el suelo?

¡Ay! cuando el alma su morada deja,  
Pide tierno cariño en su quebranto,  
La turbia vista en lamentable queja  
Demanda el dón de compasivo llanto.

Hasta en el fondo de la tumba helada  
Su augusta voz levanta la Natura,  
Y en las yertas cenizas abrigada  
La llama está de amor y de ternura.

Tú, que haciendo memoria de los muertos  
Sin honor á la tierra encomendados,  
En estos versos, si sencillos, ciertos,  
Sus vidas cuentas é inocentes hados;

Si un corazón simpático, embebido  
Y á solas meditando aquí llegare,  
Y por la suerte y fin que te ha cabido  
Con cariñoso anhelo preguntare;



- Talvez responda á su demanda pía  
Un anciano pastor con triste acento :
- “Aquí mil veces al rayar el día  
Satisfecho le vimos y contento ;
- “Ya hollando con sus pasos presurosos  
El rocío, á la brisa matutina,  
Para gozar los rayos deliciosos  
Del sol naciente en la gentil colina ;
- “O del flexible fresno al pie sentado,  
Cuyas raíces viejas y torcidas  
Se extienden caprichosas por el prado  
En la grama vivaz entretejidas ;
- “De la mañana pura al fresco ambiente,  
A la margen del plácido arroyuelo,  
Contemplando el cristal de la corriente  
Que retrata los árboles y el cielo.
- “Ora en el bosque umbroso recostado  
Con amargo desprecio sonreía,  
Ora en sus pensamientos abismado  
Los solitarios campos recorría ;
- “En ocasiones grave, en otras ledo,  
Siempre en continua y desigual mudanza,  
Ya inspirando piedad, ya horror y miedo,  
Como herido de amor sin esperanza.
- “Un día en la colina acostumbrada  
Le perdimos de vista, y le buscámos,

Y la pradera verde y esmaltada  
Y el árbol favorito visitámos.

“ Y corrió un día más, y ni á la orilla  
Del arroyo fugaz que frecuentaba,  
Ni en el valle profundo que se humilla,  
Ni en el alto collado se encontraba.

“ Hasta que al otro, en procesión doliente  
De la campana al són, con triste llanto,  
Le vimos conducido lentamente  
Por la senda que guía al campo santo.

“ Acércate, y pues sabes, su destino  
Leerás en la inscripción que ves escrita  
En esa losa, bajo el viejo espino  
Cuya desnuda copa el viento agita.”

## EPITAFIO

Aquí reposa, y la cansada frente  
Reclina de la tierra sobre el seno,  
Un mancebo ignorado de la gente,  
A la Fortuna y á la Fama ajeno.  
Su pobre cuna, y de su infancia el llanto  
La ciencia no miró ceñuda y fría,  
Y sobre él al nacer tendió su manto  
La santa y celestial Melancolía.  
Fué su alma noble y pura ; fué sincero  
Su corazón, y su piedad inmensa ;

Y el cielo favorable y lisonjero,  
Le concedió abundante recompensa. .  
De una sentida lágrima el consuelo—  
Y era cuanto tenía—dió al mendigo ;  
Y mereció de la piedad del cielo—  
Y era cuanto anhelaba—un buen amigo.  
No su virtud y méritos explores  
Escudriñando con afán curioso,  
Ni pretendas sus frágiles errores  
Sacar de este recinto pavoroso.  
Los ha pesado en imparcial balanza  
De la justicia el inflexible brazo,  
Y reposan con trémula esperanza  
De su padre y su Dios en el regazo.

*D. Hevia.*

## XVIII

### EL OCCIDENTE

( LAMARTINE )

Calmó el piélago undoso, como el hervor desmaya  
De agua que el fuego enciende, si el fuego se enfrío ;  
El onda, aun humeante, desanegó la playa,  
Y á dormir en su lecho la mar se recogió.